

I

Este crío lleva la mar en la frente, dijo la tía Elvira cuando el pequeño Paquito Jadraque se escurrió entre sus ásperas manos y cayó de bruces dentro de la inmensa pila bautismal de la parroquia del Divino Redentor, ante la impotencia del reverendo padre Nicolás, que nunca se mostró partidario del bautismo por inmersión total del cuerpo y aplastamiento de nariz contra el mármol del fondo de la pila por considerarlo contrario a las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. Aquélla fue su primera experiencia como buceador y la que más tarde marcaría su destino de hombre obsesionado con los océanos, enamorado de las mareas y temeroso de las profundidades. Su abuela Francisca, cabeza espiritual y soporte material de la familia Jadraque, sentenció que aquel niño había nacido con el mal fario y que toda la culpa del infausto desaguisado procedía de la nefasta influencia ejercida por la luna a causa del mal de ojo que le había echado la gitana Remedios cuando la expulsó de la caseta de la huerta por haberse apropiado de la mitad de la cosecha de melones y venderlos a un corredor sin su permiso, con el consiguiente perjuicio para la familia Jadraque. «Francisca, le dijo, por mis muertos le juro que el crío que lleva Antonia en la barriga será un alma perdía entre la luna y el mar y un horizonte de agua se lo llevará para siempre sin que pueda hacer de él un hombre de provecho ni temeroso de Dios». Al principio, Francisca, que sólo era supersticiosa cuando le convenía, no prestó demasiada atención a las palabras amenazadoras de la gitana. Ella nunca había visto el mar ni sabía cómo era, y, mientras pudiera, nadie de su familia correría tal peligro; pero cuando don Cirilo, el viejo practicante ateo de la localidad, le entregó al recién nacido, sintió que sus entrañas se removían y recordó el extraño juramento de la gitana. Al mirarle a sus pequeños ojos, abiertos de par en par y negros como dos pozos sin fondo, tuvo la terrible sensación de que esa criatura no pertenecía a aquel tranquilo pueblo de La Mancha de cuyo nombre Paquito jamás pudo olvidarse y los demás no necesitamos recordar.

Antes de continuar con el detallado relato de los extraños, hermosos e increíbles hechos acaecidos en ese lugar perdido de las cartas marinas, debo presentarme. Mi nombre es Sinforoso Piélagos, aunque siempre se me ha conocido por Sinfo, y así me gustaría que se me recordara en el caso de que fuera digno de ser recordado. El destino me ha ofrecido la oportunidad y el privilegio de ser el narrador de esta historia. Con todas mis carencias formales, y una gran pasión, les acercaré una versión bastante fidedigna de la vida de

Francisco Jadraque y de los que a ella nos fuimos acercando. Esta narración nunca podrá ser imparcial porque no lo deseo y mi destino se juega en este envite. Dispongo de todo el tiempo que sea necesario para completarla y nada puede distraerme de este objetivo, a pesar de que el papel y la tinta no sean fáciles de conseguir en un manicomio. Sí, en un manicomio me encuentro, o tal vez sería más correcto decir que se trata de un hospital psiquiátrico de provincias. Creo que poco importa el nombre si su función es la misma. No sé si estoy loco, los que mandan así lo creen y han decidido encerrarme mientras viva o hasta que me consideren reformado. El motivo, mis andanzas con un amigo, el más cercano de los cinco que he tenido en mi vida: Francisco Jadraque, aunque para mí siempre ha sido y será el gran Francis J. Drake. Pero ya habrá tiempo para contar esa fantástica metamorfosis que no se puede explicar con argumentos procedentes de la fría sensatez. A él le debo mi condición actual, pero no crean que lo digo con dolor o pena, porque me ha dado los momentos más hermosos, más duros, más terribles y más gozosos de mi vida. Sin él yo habría existido pero no hubiera vivido, y pueden estar seguros de que jamás habría tenido una historia que contar.

Pienso, desde mi reconocida locura, que ningún encierro es definitivo. Toda reja puede caer cuando menos se espere, y en un futuro no demasiado lejano pueden ocurrir hechos que justifiquen y den sentido a mi actual ausencia de luz. Es posible que se pregunten por qué estoy encerrado y si soy peligroso. Sólo puedo responder que se me condena por amar lo imposible, lo que la lógica prohíbe y la razón no admite. Pero yo me pregunto quiénes son los locos: si los que hacen posibles los sueños, o aquéllos que los encierran. No lo sé, ni pretendo averiguarlo, pero no puedo lamentar ni un instante de lo vivido ni arrepentirme de las míseras y gloriosas aventuras que realizamos.

Lo que voy a contar sobre Francisco Jadraque no procede de una rigurosa investigación ni del conocimiento absoluto de todo lo ocurrido. Sólo es fruto de lo que él me contó, de lo que yo observé, de lo que vivimos juntos, de lo que otros comentaron, de acusaciones ajenas, de nuestros sueños, del amor sin medida y de una voluntad sin freno. Ustedes pueden creer lo que les cuente o ignorarlo, no olviden que me han encerrado por mi peligrosa locura. Pero cuántas veces es más hermosa la locura que no causa dolor que la cordura de los mediocres. De mi vida anterior poco les voy a contar porque nací cuando él llegó. Nada sería sin su compañía: ni bucanero, ni corsario, ni filibustero si no hubiera dado con el que a la prudencia siempre combatió con todas sus fuerzas, derrotándola en numerosas contiendas. En este mundo lleno de poderosas certezas morales pocas opciones le quedan a la fantasía frente a la sin par potencia de la razón.

Yo soy algo mayor que él, apenas unos meses, y muchos en el pueblo me tenían por tonto, por un infeliz lunático que vagaba por las noches mirando el cielo y del que todos podían burlarse a causa de su ingenuidad. Pero, ¿qué hay de malo en amar la luna? Era un penitente que deambulaba en soledad porque no había encontrado compañía. Mi único consuelo era imaginar bellas

historias lejanas que jamás podría vivir y que nunca me atreví a contar por miedo al escarnio público, porque un tonto jamás tendría derecho a inventar algo hermoso.

Pero ahora sigamos con Francis J. Drake. Sin él no tendría sentido todo lo demás.

Tras aquel premonitorio incidente en la pila bautismal, los primeros años de Francisco Jadraque transcurrieron con la monótona y sombría tranquilidad de aquellas inmensas llanuras manchegas donde las noticias llegaban cuando ya eran leyenda, y un sinfín de absurdas rutinas programadas por lejanas generaciones guiaba la existencia de los vecinos del lugar. Eran tiempos en los que se hablaba de planes de desarrollo y modernización en las capitales; pero aquél era un pueblo de mil habitantes que empezaba a conocer la luz eléctrica, no tenía muy claro lo que era el agua corriente y los sueños de los más pudientes llegaban a través del sonido de unos extraños aparatos de los que brotaban las ilusiones de unos pocos y el temor de aquéllos que veían todo cambio como un triunfo del demonio.

La familia Jadraque vivía en un gran caserón a las afueras del pueblo, en la finca El Matojar, una de las pocas tierras que habían escapado al afán acaparador de don Fausto, el poderoso terrateniente de la localidad. La casa estaba construida junto a un cercado donde encerraban las cabras, ovejas, cerdos y gallinas. Al lado había un gran pajar que servía de almacén a los aperos de labranza que suponían la principal fuente de supervivencia y esclavitud familiar. El cabeza de familia e iniciador del clan, Severiano Jadraque, siempre había sido un hombre emprendedor, a pesar de sus enormes limitaciones culturales y su escaso deseo por aprender.

Siendo muy joven, descubrió que los campos alcarreños eran pequeños para satisfacer sus grandes miras de poseer tierras sin fin y riquezas para gobernarlas. Su carácter hosco y su vehemencia juvenil le llevaron a cometer numerosos errores y alguna temeridad. La más grave fue una cruenta disputa familiar con su hermano Demetrio por el usufructo de un arado perteneciente a su difunto padre. Una noche, a la puerta de una taberna, cuando las hostiles palabras se terminaron y el aguardiente nublaba las ideas, llegaron a la solución de las manos para arreglar sus desavenencias. Tras un intenso zarandeo, y algún que otro golpe poco preciso, Severiano sacó su bien afilada navaja y en un lance desesperado y poco certero sesgó los tendones de la rodilla derecha de su hermano, mientras éste en su agónica caída le propinó un terrible cabezazo en la cara que le rajó el labio y se llevó como trofeo dos incisivos de la mandíbula inferior, lo que dejó la cara de Severiano marcada para el resto de su vida. Desde aquel momento juraron matarse a la mínima oportunidad que tuvieran y la convivencia se hizo imposible en la familia, a lo que no ayudaba la mofa popular, que siempre se ceba en las desgracias, y que había apodado a

los belicosos hermanos como Patablanda y Besacabezas.

Una madrugada, tras desatar su cólera prendiendo fuego al pajar de su hermano, Severiano llenó las alforjas de su mula con el poco dinero que guardaba y su escaso equipaje, y se encaminó hacia el sur en busca de labrarse un nuevo destino. Por entonces ya no tenía sueños que cumplir, a pesar de su juventud, sólo se conformaba con hacer lo poco que sabía lejos del cariño familiar.

Cuatro días y tres noches duró su forzada peregrinación al exilio y el temor de que la guardia civil lo detuviera para pedirle cuentas por su fechoría. En aquel solitario viaje, el primero y último de su vida, descubrió que existían infinitas llanuras de tierra fértil para labrar y agua suficiente para regarlas. El futuro pertenecía a los que supieran arar la tierra y sacarle todos sus frutos.

Cuando se adentró durante la tórrida hora de siesta en la finca El Matojar, no podía imaginar que su viaje iba a terminar frente a una vieja noria que tenía los cangilones oxidados tras infinidad de años sacando agua del pozo. A Severiano no le fue grato presenciar la cruenta agonía de aquella mula cuando estaba a punto de ser derrotada por la noria de la que siempre tiró. «Cientos de leguas recorridas sin llegar a ningún sitio y tanta agua sacada como para llenar un río», pensó cuando la vio postrada ante la imposibilidad de continuar su camino. Aquella mula había dado su último paso y ya no se volvería a levantar, a pesar de los intentos desesperados de una joven y recia moza que se negaba a admitir lo evidente. La mula, ajena a la voluntad de su dueña, dio como respuesta un último relincho premonitorio de una muerte cercana.

—No te esfuerces moza que esa mula ya ha dao su última coz —dijo Severiano, tratando de evitar el inútil esfuerzo de la muchacha.

La joven se volvió y descubrió a ese extraño hombre que no era de los alrededores. Lo veía diferente de los otros que la pretendían y no porque fuera más educado o apuesto. La gran cicatriz de su labio le concedía un aire de rotundidad a su rostro aceitunado, y la gran mella en su mandíbula le causó un ligero escalofrío. Pero ese mozo tenía lo que más podía desear en ese momento: una mula para continuar sacando el agua que necesitaba para regar la huerta y que las cebollas, pimientos, pepinos y tomates no se secaran a causa del calor.

El padre de la muchacha no tardó en aparecer con la escopeta bajo el brazo y, para impedir que la vieja mula sufriera, le voló los sesos con una frialdad que sobrecogió al propio Severiano.

—¿Vendes la mula? ¿Buscas trabajo? —preguntó al forastero el señor Mariano— Porque si vienes a zascandilear con mi Francisca, ya te puedes ir largando antes de que el segundo cartucho se estampe en tus morros.

—No vendo la mula, pero sí busco trabajo y puedo asegurarle que entiendo de la tierra y sé cómo sacarle partido. Si nos da trabajo a la mula y a un servidor, le aseguro que no se arrepentirá.

En aquella época el trabajo no faltaba en esas tierras, el mozo parecía

robusto y la mula lo suficientemente sana como para alternar el trabajo de la noria con el de tirar del carro para llevar lo cosechado a los mercados de los pueblos cercanos. El acuerdo se hizo rápidamente y el joven Severiano comenzó a prestar sus servicios como arriero y peón en la finca El Matojar. Como alojamiento obtuvo un hueco en el pajar y la posibilidad de comer una vez al día la comida que cocinaba Francisca; pero le quedó totalmente prohibido entrar en la casa familiar, que por entonces distaba mucho de ser la que fue treinta años después.

Severiano ya había cumplido veintitrés años y sentía las urgentes necesidades de todo hombre que aún no ha frecuentado mujer. Eso era algo que no precisaba de un aprendizaje previo. En sus ratos libres espiaba a Francisca a través de la ventana de la casa, siempre evitando ser descubierto por el señor Mariano. Éste era muy fácil de escopeta cuando algo no era de su agrado, y ver a su hija en los brazos de un brioso pretendiente era lo más desagradable que podría imaginar.

Francisca no tardó demasiado tiempo en percatarse de los acechos nocturnos de Severiano y, a pesar de la inquietud que le causaban, no hizo nada por evitarlos porque también estaba en edad de conocer varón y no quería convertirse en una solterona, aunque sus profundas creencias religiosas le impedían lanzarse al abismo de la lujuria con el primer hombre que apareciera. Francisca era el prototipo de mujer adecuada para formar una familia: además de contar con una buena dote, era hacendosa y llevaba las cuentas de lo que se vendía en los mercados; se aplicaba muy bien en los negocios y sabía defenderse con soltura ante los requiebros de los hombres. Al quedarse sin madre siendo muy joven, tuvo que tomar las riendas de la casa debido a la manifiesta incapacidad de su padre para tratar sobre cualquier tema doméstico y económico. Mariano era fuerte como un arado; sus dedos, sólidos como azadones, y era capaz de pasarse días enteros cavando sin levantar la espalda de la faena; pero carecía de la más mínima delicadeza para lo cotidiano.

Cierta noche de verano, Mariano se retrasó más de lo acostumbrado en la taberna. Desde la muerte de su mujer, el vino había ido minando lentamente su fortaleza y cada día le costaba más esfuerzo alejarse de la botella.

En la puerta del pajar, bajo la luz de la luna llena, Severiano tallaba con su navaja una rama de olivo en la que no conseguía modelar ninguna figura que le agradara. El insoportable calor húmedo le impedía dormir y aumentaba su ansiedad. De repente, se abrió la puerta de la casa y apareció Francisca con un barreño bajo el brazo. Sin prestarle atención, comenzó a tender lentamente la ropa en el zaguán. Severiano, al descubrir que se trataba de ropa interior, se sintió enfebrecido y apretó el mango de su navaja con una tensión desconocida. No había fuerza que pudiera frenar su deseo. Dejó su faena y se acercó con el sigilo de las fieras que han elegido la presa de la que dependen para seguir vivos. Antes de que ella hubiera tendido las enaguas de felpa, la

cogió por la cintura y, con una voz ronca y firme, le dijo que nada podría frenarlo: o lo hacían por las buenas o por las malas, pero lo hacían. Francisca hizo algún leve esfuerzo por liberarse, sin demasiado ímpetu, profirió algún que otro insulto que sólo sirvió para enardecer más a su pretendiente y, tras encomendarse a todos los santos conocidos, cedió a la lujuria. Con la liberación de tantos años de represiones, y el arrebató de la salvaje ayuntamiento, no escucharon la llegada de un tambaleante Mariano, y sólo el seco impacto del percutor de la escopeta les congeló su pasión. Afortunadamente, el arma no estaba cargada, por lo que, en lugar de realizar los preparativos para un doloroso funeral, se aceleraron los trámites de la boda con el fin de evitar las ya extendidas habladurías de los vecinos.

Un mes más tarde se celebró una austera boda que careció de invitados. No hubo luna de miel porque era época de vendimia y el único cambio importante fue el traslado de Severiano del pajar a la casa. A partir de entonces se podría decir que la relación conyugal fue relativamente cordial y en algún momento hasta pareció amorosa, aunque muy distante de aquella primera noche de pasión. Siendo Francisca una decente mujer casada, se encargó con todas sus fuerzas de no volver a sucumbir a la tentación de pecar. Siempre que Severiano se acercaba a ella más animado de lo habitual, le decía que el cura don Gabriel sólo justificaba el ayuntamiento cuando se buscaba tener hijos, lo que provocó en Severiano el incremento de los deseos impuros, junto a un profundo laicismo. En más de una ocasión tuvo que matar los ardores fornicando con Sole, la mamporrera, conocida en los alrededores por ser la mujer que por un módico precio saciaba los ímpetus deshonestos de los maridos vehementes.

La familia Jadraque Sosa tuvo cuatro hijos y dos abortos a lo largo de ocho años de carcomido matrimonio. Y mucho antes de lo presumible heredaron las tierras de don Mariano, debido al terrible accidente de caza que el desdichado sufrió.

Una mañana de otoño andaba el viejo detrás de las perdices, a las que era muy aficionado desde que siendo joven las cazaba corriendo largamente tras ellas para minar su capacidad de volar. Ese día se había alejado más de lo habitual en su búsqueda, llegando hasta las cercanías del río. Estaba bajando por un cortado del ferrocarril, cuando resbaló al pisar una piedra humedecida por el rocío matinal y fue a dar con sus huesos en la vía, provocándose una molesta torcedura de tobillo. No hubiera sido un accidente muy grave si el mercancías de las ocho cuarenta hubiera cruzado con puntualidad; pero la media hora de retraso que llevaba convirtió al señor Mariano en la primera víctima del ferrocarril en la comarca sin haber subido nunca a un tren. El finado siempre decía que un artilugio que marchaba haciendo equilibrio por unos hierros tan estrechos nunca podría ser fiable, y por una vez tuvo razón.

La tragedia desoló a Francisca y desde aquel día inició una carrera de luto y recogimiento que no abandonó durante el resto de su vida. Nadie la volvió a ver con una vestimenta que no fuera negra y con el pelo sin recoger

en un espantoso moño; ni siquiera hubo excepciones en la celebración del matrimonio de sus hijos o en el bautizo de sus nietos. Tampoco acudió jamás a actos festivos de la localidad, aunque siempre fue puntual cuando se trataba de un funeral. El luto y el culto a la enfermedad se habían convertido en su razón de ser. Todo lo que oliera a muerte activaba un sofisticado sentido del sufrimiento que sabía utilizar como nadie para lograr sus propósitos, siempre amparada en la compasión ajena por una pobre mujer desvalida que debía soportar infinidad de cargas en señal de sacrificio y devoción sin recibir recompensa.

Sólo el mayor de los descendientes de la familia Jadraque Sosa fue varón y bautizado con el nombre de Mariano Crispulo en honor de sus dos abuelos. Tratándose del primogénito, y por su gran sensibilidad, se convirtió en el preferido de Francisca. Ella no deseaba que su Marianito creciera tan embrutecido como el padre ni como el abuelo, a pesar de los esfuerzos de Severiano para hacer de él un agricultor solvente que heredara en el futuro las tierras y siguiera la tradición familiar. Francisca era partidaria de que su hijo fuera terrateniente, que ejerciera el dominio de la finca pero que no tuviera que desollarse las manos a golpe de azadón. Quería instruirlo en el don de gentes y estimular su capacidad de mando para hacer de él un hombre importante y respetado en el pueblo. Incluso podría llegar a alcalde, convirtiéndola en la primera dama de la localidad. Pero Marianito no creció como un joven de carácter firme y decidido. Era un tanto retraído, débil de espíritu y, sobre todo, temeroso de su madre. Siempre tenía miedo de no estar a la altura de lo que esperaba de él, al tiempo que la había idolatrado y jamás permitió que nadie dudara de su santidad por los enormes sacrificios que continuamente hacía por el bien de la familia. Todo esto le dejó marcado y repercutió muy negativamente en su relación con otras mujeres.

Las intenciones de Francisca hacia su primogénito no se pudieron cumplir como ella había deseado porque una calurosa tarde de verano a Severiano se le ocurrió meterse en el pozo, que se estaba quedando seco a causa de la pertinaz sequía, para ver si podía profundizar más en busca de nuevas corrientes de agua que le permitieran seguir regando. Ni siquiera tuvo tiempo de pedir ayuda; el tufo siempre llega a traición, y se lo llevó antes de que pudiera agarrarse a la cuerda salvadora. Hubo que esperar varias horas para que los bomberos de la capital llegaran con sus máscaras anti gas y sacaran a aquel hombre que apenas si vivió treinta y cinco años y murió sin cumplir sus grandes ambiciones. Lo que no había conseguido una guerra, en la que apenas si participó, lo logró un gas invisible del que nunca supo la existencia. El tufo asesino renovó con más fuerza el constante luto de Francisca y dejó huérfanos al pobre Marianito y a sus tres hermanas menores.

Aquél fue el primer trabajo de Juana la amortajadora, mujer que con los años se convertiría en leyenda. Llegó a la casa nerviosa por su inexperiencia y, mientras realizaba su labor de adecentar al finado, no sabía qué pésame dar a la desconsolada viuda que en días lejanos fue su amiga, y se limitó a decirle:

«Es una pena, Francisca, que algunos maridos se gasten tan pronto». Nadie sabía por entonces que aquella frase forzada sería el inicio de una serie de citas que para siempre formarían parte de la historia de la localidad.

Marianito vio a los once años cómo su destino de prometedor hacendado pasaba a convertirse en la amarga realidad de agricultor desganado con la tierra. Era una adaptación destinada al fracaso a pesar del gran esfuerzo y firme apoyo de su madre. La tierra siempre es hostil con quien la trabaja y exige constante dedicación, como un hijo caprichoso que puede negar su fruto en el último momento. Esa hostilidad se manifestó durante varias cosechas que se perdieron por tormentas, heladas, plagas y sequía, lo que estuvo a punto de provocar la ruina familiar. Con tan duro aprendizaje, Marianito se convirtió en Mariano y fue abandonando sus veleidades de futuro señorito para convertirse en un hombre llano y embrutecido, aunque siempre subordinado a la oscura presencia de la señora Francisca. Así llegó hasta los veinticuatro años, y su madre decidió que había llegado el momento de darle mujer. No una vulgar agricultora, su hijo necesitaba alguien más selecto, aunque tampoco deseaba una mujer interesada que pudiera entrar en disputa con ella y le arrebatara la influencia sobre Mariano Críspulo. Debía tratarse de una esposa hacendosa, trabajadora, nada dominante y bien dispuesta a los consejos de la experiencia. Tras un estudio detallado de todas las mozas casaderas del pueblo, decidió que Antonia, la única hija de Pedro el tendero, era la más adecuada para su mancebo. Era una joven que carecía de la rudeza del continuo trabajo en el campo, a la vez que una eficiente modista que había sabido ganarse una clientela considerable por su buen trato y responsabilidad en el trabajo. Todo esto unido a la intachable reputación de sus progenitores. Sin duda, se trataba de una mujer capaz de mantener una familia y no parecía demasiado complicado que se adaptara a las únicas exigencias de Francisca: aceptar que ella nunca renunciara a la custodia e influencia sobre su hijo, y vivir todos en la casa de los Jadraque Sosa.

Una tarde se fue a ver a Pedro, sin consultarlo con su hijo. Le obligó a cerrar la tienda, para negociar sin intromisiones ajenas, y le hizo una oferta que consideraba irrechazable por el padre de Antonia. Como los dos eran expertos en asuntos de comercio, se produjo un intenso regateo en cuanto a la dote, los gastos de la boda y detalles de menor importancia, sin plantearse en ningún momento nada respecto a los sentimientos de los jóvenes. Finalmente, Francisca llevó el ascua a su sartén y, con muy leves concesiones, obtuvo la promesa de la mano de la joven para su querido hijo. Los dos implicados fueron los últimos en enterarse del acuerdo, cuando ya no había posibilidad de vuelta atrás. Por aquellos días los hijos no tenían mucho margen para negarse a la decisión de sus padres, y menos cuando éstos eran tan obstinados como Francisca.

Mariano, hasta entonces, nunca se había mostrado muy interesado en las mujeres. Pensaba que ninguna sería tan buena como su madre y temía que la llegada de una intrusa rompiera la feliz relación familiar que mantenían,

aunque en alguna ocasión había espiado a Gloria, una amiga de sus hermanas, y había tenido pensamientos de los que el padre Nicolás llamaba obscenos y que siempre criticaba ferozmente en sus interminables homilías de la misa de doce. También era cierto que ese tipo de pensamientos se habían repetido durante la última vendimia, cuando vio lavarse en el pilón a Arturo, un fornido bracero que había sido asiduo visitante del pueblo en anteriores periodos de cosecha, y del que Mariano nunca volvió a saber, a pesar de estar muy pendiente durante varios años. De hecho, su carácter cambiaba cuando se acercaba esa época del año; parecía mucho más jovial, aunque esa disposición desaparecía tras los primeros días y todos pensaban que era debido al cansancio de la faena. Durante muchos años, la imagen de Arturo con el capacho a la espalda permaneció en su recuerdo y se fue magnificando al mismo ritmo que se extinguía el deseo por su mujer.

Antonia nunca había pensado que Mariano fuera el hombre de sus sueños. Lo había visto muchas veces en el pueblo y en misa, pero era el tipo de hombre que no despertaba el más mínimo sentimiento de lujuria en una mujer, ni siquiera un leve cosquilleo. Ella prefería a Dámaso, el hijo Matías el panadero, que había estudiado bachillerato y se había ido voluntario a la marina porque deseaba convertirse en capitán de navío; a lo que lamentablemente no pudo llegar a causa de los caprichos del destino. Fue durante unas maniobras navales cuando un traicionero golpe de mar lo sacó de la fragata y desapareció para siempre bajo el agua sin que su cuerpo pudiera ser recuperado. Su pudiente familia decidió colocar sobre la vacía lápida del cementerio, que debía haber ocupado el cuerpo del infortunado, la silueta de un barco tallada en mármol con la foto de Dámaso incrustada, junto a un verso que compuso su tío, el eminente poeta local y especialista en necrológicas Emilio Moral, para la ocasión y que decía:

«Mar agreste, mar de fondo, mar traidor
mar que no perdonas la grandeza
por qué te lo llevaste, por qué
cuando Dámaso mostraba su esplendor.
Al menos, mar, una vez al menos
te pedimos que muestres clemencia
y si dispusiste con dolor de su vida
devuélvenos su cuerpo a esta tierra».

Esta demostración artística no fue del agrado del padre Nicolás, que hacía cinco años que había ocupado la plaza que dejó vacante don Gabriel tras su agónica muerte a causa de un infarto mientras rezaba. Los más creyentes insistían en que el fallo cardíaco se debió a la intensa emoción que le produjo la aparición de la Virgen y hasta se llegó a pedir la declaración de lugar sagrado con la esperanza de que llegaran infinidad de feligreses para mayor riqueza del pueblo, pero el forense, que no era un fervoroso creyente, certificó que se

había debido a lo poco que cuidaba su salud. El padre Gabriel no conocía el límite a la hora de comer grasas; bebía como el que más, sin perder jamás el dominio de sus actos, y fumaba tres cajetillas de Peninsulares cada día.

—Con esos antecedentes la única aparición que pudo tener el cura fue la de la guadaña —dijo el forense, lo que molestó mucho a los parroquianos y demás miembros de la Iglesia, hasta el punto de ser declarado persona non grata en el pueblo.

El padre Nicolás no varió en gran medida las costumbres seguidas por su antecesor, aunque siempre fue más estricto en el cumplimiento de los mandamientos y nunca le gustaron las iniciativas que implicaran una novedad, y aquel gesto extravagante de la familia de Dámaso le parecía poco respetuoso con Nuestro Señor por darle más importancia al mar que a los designios divinos; pero, tras una generosa limosna, consideró que la tolerancia era una de las grandes virtudes de los católicos.

Antonia intentó varias veces oponerse al acuerdo de su padre, incluso llegó a decir que jamás amaría a ese hombre, pero su esfuerzo fue baldío. Su padre siempre decía que el amor es una fantasía que no sirve para nada, que lo importante era asegurarse el futuro, y con el paso del tiempo y el trato continuo acabaría por cogerle cariño a Mariano y su familia.

La boda se fijó para las fiestas patronales de septiembre, al ser la época del año en que más gente había en el pueblo, aunque no por eso se realizaron grandes derroches en el festejo. Tanto Francisca como Pedro eran muy mirados con el dinero y poco partidarios de generosos dispendios en asuntos banales. El viaje de bodas se tuvo que aplazar por la inminente llegada de la vendimia. Luego fueron acumulándose las distintas faenas agrícolas y, finalmente, se olvidó para siempre al darse cuenta Antonia de que bastante castigo tenía con aguantar a Mariano en casa. No deseaba vivir el suplicio de viajar con un hombre tan apegado a su tierra y a su madre como carente de ilusión por conocer lugares nuevos.

Mientras su marido pasaba el día en el campo trabajando como un poseso, nunca se supo si por el deseo de sacar adelante a su familia o por el temor de regresar a casa y encontrarse con una relación muy complicada, Antonia se dedicaba con ahínco a su labor de costurera en el tiempo libre que le dejaban las múltiples faenas de la casa, en las que Francisca, muy dolida por sus continuos achaques de espalda que atribuía a los incontables años de sufrimiento acumulado y a las numerosas pruebas que le mandaba el Señor para medir su beatitud, prestaba escasas aportaciones e infinidad de críticas a la labor de su nuera. La relación entre ellas nació fría y en poco tiempo se fue convirtiendo en un amargo témpano de hielo que no dejaba posibilidad a la reconciliación. La mayoría de los días transcurrían sin que se hablaran mientras esperaban que Mariano tomara partido por una de ellas y se enfrentara a la otra; contienda de la que éste siempre pretendía evadirse, lo que generaba nuevos enfrentamientos en una espiral que todos se empeñaban en agrandar con nuevos giros.

La única compañía de Antonia era una radio que acababa de comprar con sus propios ahorros y con la oposición de su suegra, que consideraba ese aparato contrario a la moral cristiana porque era fuente de mucho libertinaje y nula decencia. Mientras cosía, a Antonia le gustaba escuchar los eternos seriales radiofónicos, con los que solía emocionarse cuando se trataba de historias de amor imposible; y también era seguidora de los discos dedicados, que siempre escuchó con ilusión y cierta inquietud porque en su fantasía imaginaba la posibilidad de que Dámaso, milagrosamente salvado de las aguas, le pudiera dedicar una canción de Luis Mariano que una vez bailaron agarrados en la verbena de San Antonio. Esa petición nunca llegó, pero ella no tenía prisa, prefería pasarse el resto de su vida pendiente de una ilusión imposible que vivir la amarga realidad de una vida hogareña supuestamente cómoda y llena de rencor.

El embarazo no le supuso ningún alivio, y menos por la inmensa alegría que mostró Francisca ante la llegada de su primer nieto que estaba destinado a pertenecerle. A Mariano no le alegraba especialmente la futura paternidad. Se había convertido en un hombre que había perdido las ilusiones familiares y siempre estaba ocupado con algo que le impidiera plantearse un futuro que se alejara más allá de una semana. Y el nacimiento de un hijo no era algo que requiriera de su atención ni compensaba sus carencias afectivas.

Una lluviosa noche de una inclemente primavera, a Antonia le llegaron los dolores y comenzó a verter aguas dos semanas antes de lo previsto. Mariano fue corriendo a avisar a don Cirilo, el practicante clandestino del pueblo. En la localidad no había ningún médico y sólo había consulta dos días por semana. Para cualquier tema grave había que ir a la capital. Don Cirilo se ocupaba de los casos menos urgentes y siempre encontraba alguna solución para reparar los males que podían ser arreglados; para los otros siempre decía que ni Dios les podría meter mano, lo que a menudo le causaba enfrentamientos con el padre Nicolás. Le llamaban "el clandestino" porque había llegado al pueblo varios años atrás huyendo de algo. Nunca se supo cuál fue su mal, y había versiones de todo tipo: desde asesinato, violación, parricidio o desertión. Pero la gente del pueblo estaba necesitada de alguien que supiera algo de medicina y el practicante muy pronto se los ganó con su buen trato y efectivos remedios. Los paisanos siempre decían que si su delito había sido tan grave ya llegarían para llevárselo, y si no venían a buscarlo sería porque su culpa ya se habría extinguido. Tan sólo el cabo de la guardia civil y el párroco se habían cuestionado su deber moral de entregarlo a la justicia; pero el primero cambió de idea después de que un terrible dolor de la muela del juicio lo dejara claudicante en el jergón del calabozo mientras interrogaba a un gitano al que había detenido mientras robaba melones. Cómo sería su dolor que el propio gitano fue a avisar a don Cirilo antes de darse a la fuga, y sólo con la acertada

intervención de éste pudo superar su agonía. Desde entonces siempre dijo que cualquier mal que hubiera cometido el practicante quedaba automáticamente compensado por la salvación de un cabo de la benemérita y que la justicia sólo debería ser implacable con los delincuentes inútiles. En cuanto al cura, sus motivos eran más profanos a pesar de sus divergencias irreconciliables. Aunque discrepaba en sus ideas con el hereje Cirilo, nunca había encontrado una pareja con la que se compenetrara tan bien en el truco, mus y dominó y que le permitiera ganar tantos carajillos en toda su vida. En sus rezos privados pedía por la salvación del alma de su compañero Cirilo, ya que éste nunca pisó terreno eclesiástico y hasta había tenido la tremenda osadía de pedirle que celebrara su muerte enterrándolo por lo civil mientras leía unos versículos de un tal Marx en las ruinas de un viejo castillo que fue edificado por los moros. A Nicolás ese día se le olvidó poner la otra mejilla y estuvo a punto de ahogar a su amigo con un rosario bendecido. Afortunadamente, la rápida intervención del dueño de la taberna evitó el que hubiera sido el primer caso de feligrecidio por estrangulamiento con premeditación y alevosía.

Cirilo llegó a la casa de los Jadraque jurando contra todos los santos y vírgenes. Nunca le había gustado que lo sacaran de la cama en medio de la noche y tener que soportar un terrible aguacero que le iba fatal a su reuma y le dejaba los dedos más tiesos que la mojama en verano.

Fue un parto difícil que requirió de una botella de aguardiente que consumieron a partes iguales don Cirilo y Mariano mientras esperaban que la criatura abandonara el plácido resguardo que ofrecía el vientre de la madre. Cerca de la tripa de Antonia, el practicante le decía en voz baja a la criatura mientras sujetaba el vaso del que daba pequeños sorbos: «Si yo estuviera en tu pellejo creo que no saldría, muchacho, el mundo se está poniendo feo. Los soñadores estamos perdiendo la guerra, y muy pronto cobrarán impuestos por pensar o amar. Salvo que tengas sangre de auténtico revolucionario, o nazcas resignado a la derrota, piénsatelo, chiquitín». La señora Francisca se sintió muy contrariada por esas palabras y no paró de rezar ni un solo minuto durante la tensa espera. Años más tarde pensó que aquellas palabras fueron las que tanto daño causaron a su nieto y le hicieron convertirse en un lunático irrecuperable.

A las cuatro menos veinte de la madrugada de aquel día de abril de la primavera más lluviosa de los últimos años nació Francisco Jadraque García, el único hijo de Mariano y Antonia y el primer nieto de Francisca. La criatura pesó casi cuatro kilos al nacer, y lo más extraño fue que no lloró cuando don Cirilo le dio la palmada en el trasero, sino que hizo algo parecido a una pedorreta mientras no paraba de curiosear con sus grandes ojos. La abuela se hizo cargo de la situación desde el primer momento e inmediatamente exigió que el crío llevara su nombre como un merecido homenaje por todos los sacrificios que tuvo que hacer a lo largo de su vida sin exigir recompensa. En ese momento no hubo nadie capaz de rebatir tan sólido argumento: quizás porque Antonia se había quedado dormida a causa del agotamiento; porque Mariano nunca contradecía a su madre; y porque don Cirilo se había

acomodado en un sillón para reposar del esfuerzo del parto y aliviar su mente de los efectos del alcohol. No tardaron en escucharse los primeros ronquidos del practicante, que no fue despertado hasta que apareció el padre Nicolás para interesarse por el nuevo miembro de su parroquia, y con motivo de tan venturosa ocasión se produjo un nuevo enfrentamiento entre los dos viejos rivales cuando don Cirilo dijo: «Hay que ver lo que es el destino, Nicolás: un practicante comunista se encarga de traer nuevas vidas al mundo mientras un sacerdote católico se ocupa de enterrarlas». Aquel día estuvo a punto de romperse para siempre su matrimonio lúdico, pero sólo la precipitada enfermedad del practicante acabó con las interminables partidas entre aquellos enemigos que nunca pudieron jugar por separado. Quienes lo escucharon, siempre dijeron que el sermón del padre Nicolás en el funeral de Cirilo fue el mayor ejemplo de tolerancia que hubo en la comarca, y aseguran que se atrevió a decir que el alma de un comunista también podría llegar al cielo, ya que la muerte a todos los convertía en fieles devotos. Yo nunca tuve muy claro lo que querían decir esas palabras, pero imagino que a nadie le importa conocer mi opinión sobre temas de tanta importancia.